

VUELVE MARIANA PINEDA

Entrevista: Alberto Miralles / Fotografía: Cabrera

Más de 120 millones de pesetas han pasado por los teatros de España en donde se ha representado «Las arrecogías del Beaterio de Sta. M.^a Egipcíaca», de Martín Recuerda, dirigida por Adolfo Marsillach. Al éxito económico ha correspondido el artístico. Y eso no es una perogrullada. Si tuviésemos que juzgar la calidad por el taquillaje, «¡Oh, Calcuta!» sería la mejor obra de Shakespeare. Sólo en dos ciudades —Palma y Zaragoza— no tuvo éxito la compañía.

La gira empezó en Gijón, en agosto. Todavía la situación política del país —amnistía— estaba al rojo vivo. La crítica recibió la obra con el impacto sobrecogedor de una permisibilidad a la que los españoles todavía no estábamos acostumbrados. «Un gran espectáculo no sólo desde el punto de vista estético, sino también, por todo lo que encierra dentro de sí, como testimonio de una lucha por la libertad de todo un pueblo que quiere respirar sin temor», escribió Manuel Fernández en «El comercio».

En Barcelona, cuna de la crisis teatral permanente, se hicieron 12 millones brutos en un mes y no se pudo prorrogar porque «Equus», el otro espectáculo millonario, tenía ya fecha en el mismo escenario. Y en tierras andaluzas, las del propio autor, se rompió el dicho de la imposibilidad de ser profeta en la cuna. El «Diario de Córdoba» apuntó algo sugerente al decir que «el espectáculo resulta más emotivo que ideológico, hace vivir más el corazón que el intelecto, quizá por eso resulte como más español y prenda con más fuerza en el público».

Ahora se inicia una segunda etapa y la obra se reestrena en el teatro Reina Victoria de Madrid. La compañía volverá después a Barcelona y en verano está prevista una gira por tierras mexicanas. En esta etapa, Concha Velasco ha sido sustituida por Lola Cardona.

Con Lola Cardona nos hemos puesto de acuerdo en seguida al hacer una posible clasificación de actrices: las hay divas, estrellas y actrices a secas. En la categoría primera intervienen factores míticos; los defectos de esos «monstruos sagrados» se convierten en cualidades que el público considera extraordinarias por lo peculiares; son como los aristócratas del escenario. Sus apariciones en público son pocas, geniales y polémicas. Pero, ¿quedan monstruos sagrados? «No; bueno, sí... no sé, quizá Nuria Espert».

¿Y la estrella? ¿Qué es una estrella? Un producto de la sociedad de consumo apoyada por el invento del siglo: la publicidad. La estrella es el resultado de una política industrial. Una inversión que debe rendir cuentas en taquilla.

¿Cuántas estrellas hay? «¡Uy! Constelaciones enteras». La televisión las crea en cada programa. Estrellas fugaces. ¿Pasan las estrellas a una categoría superior? ¿Pueden convertirse en divas, en «monstruos sagrados»? «No, sin lugar a dudas, no». ¿Por qué? «Porque el cine burdo, la publicidad de bonos, detergentes o estufas y la miseria de nuestro teatro con su tresillo de alquiler ha expuesto a esas estrellas a la crítica visual cotidiana y las ha desacralizado».

¿Puede la publicidad crear actrices? «No. Hay que aclarar que la publicidad crea cuando quiere estrellas y que esas estrellas si valen como actri-

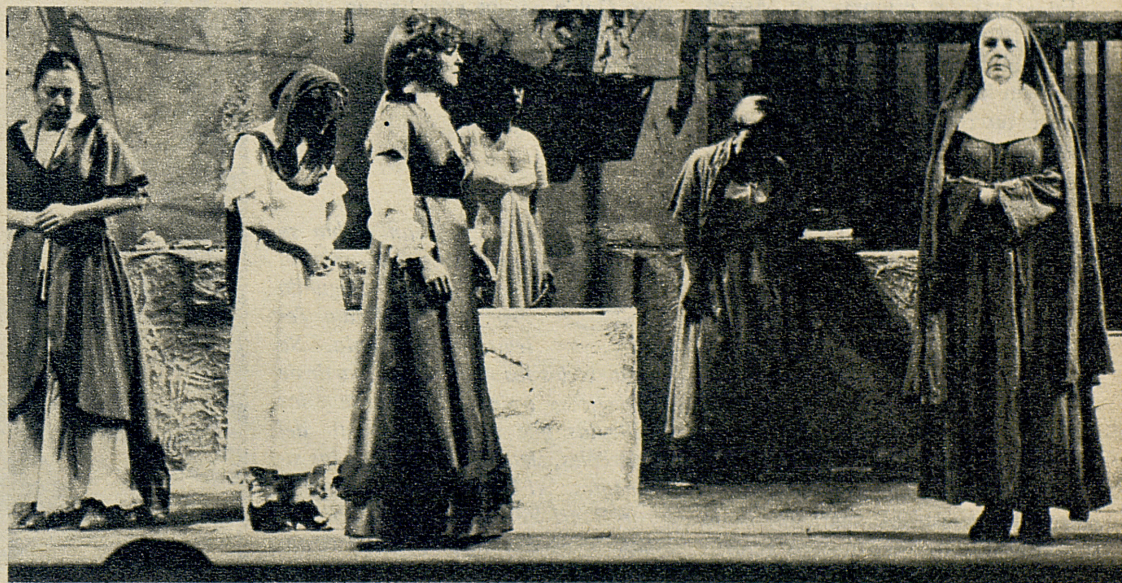
ces, perduran; si no volverán al anonimato o la vulgaridad. Pero también existe el proceso inverso, actrices que logran ser estrellas.» ¿Quién? «Concha Velasco. La Velasco es actriz, ¿quién lo duda? y a la vez estrella, lo que significa que su nombre atrae al público y los empresarios que se juegan millones pensaron ¿quién puede ser una estupenda Mariana Pineda y que al mismo tiempo suponga un tirón de público para que el riesgo de esta empresa sea mínimo?».

—Y es por eso que tú, Lola Cardona, actriz a secas, perteneciente a la tercera clasificación de actrices que hemos hecho, no te sientes ofendida porque para estrenar la obra se llamara a Concha y ahora, para sustituirla, se te llame a ti.

—Yo ya he hecho camino al andar. 16 años de profesionalidad con gran dignidad y estrenando obras que han pasado a la historia del teatro español lo avalan. Nunca he hecho un «bodrio», de eso me enorgullezco.

»Por eso te digo que, aunque la sustitución siempre es enojosa, no es lo mismo sustituir a un «partiquino» que a Concha Velasco, que además de actriz fenomenal es estrella. Yo la admiro porque he seguido su trayectoria y muchas que empezaron como ella no han logrado tener ni su calidad, ni su humanidad, ni su poder de convocatoria. Aparte de eso, ¡qué manía! No se trata de una sustitución. Aquí, en Madrid, se reestrena puesto que es otra temporada y otra compañía. ¿O vas a reprocharle a Burton que «reestrene» el Hamlet porque antes lo hizo Olivier? Y no es comparación de calidades, sino un ejemplo aclaratorio, ya me entiendes.

»Yo sé que Concha me lo ha puesto muy



Lola Cardona, una gran actriz, en busca de un nuevo éxito.

«Sé que estoy
entre las diez
mejores
actrices
españolas»

difícil, en una cota muy alta. Pero yo no estaré ni mejor ni peor, porque soy otro tipo de actriz. Ahí está lo maravilloso de esta profesión: el mismo personaje será básicamente el mismo, pero muy distinto en los matices. Que no me llamaran desde un principio ¡claro que me apena! Pero quien no quiera reconocer el poder de convocatoria de Concha, además de su calidad completísima de actriz es que la devora la envidia. Y como yo sé —y perdona que me ponga moños— que soy buena actriz, vamos que de una lista de diez salgo, pues no me come la moral, porque sé reconocer lo que vale Concha.

—En 1967 interpretaste la Mariana Pineda de García Lorca. Diez años después cumples aniversario con el mismo personaje, esta vez según la versión de Martín Recuerda. ¿Qué diferencias ves entre ambas Marianas?

—La de Lorca es más lírica y femenina. En la de Martín Recuerda prevalece el líder político y la mujer idealista domina a la mujer enamorada.

—¿Y a cuál de las dos prefieres?

—A la de Lorca le tengo una ternura especial, quizá porque la interpreté diez años más joven. La de ahora es menos compleja y cede su humanidad a la causa política. En Lorca todo era... más rosado. El suceso histórico no tenía el paralelismo con la realidad española actual que en la obra de Martín Recuerda puede apreciarse.

—¿Significa eso que la Mariana de ahora posee mayor valor político-social que la de ayer?

—Sin duda. Pero habrá que preguntarse para ser justos, si la obra de Martín Recuerda tendrá el mismo valor que la de Lorca cuando hayan pasado los mismos años. Aparte de eso, la esencia en ambas obras es la revolución y no sé yo si en tiempos de Lorca no sería tanto o más atrevido tratar el tema que en nuestros tiempos. Recuerda que en 1925 estaba la dictadura de Primo de Rivera y ya sabemos todos cómo acabó Lorca en el 36.

—Enfrentada a ambos personajes, ¿cuál te ha sido más difícil de encarnar?

—La de Lorca es más ambigua; bordó por amor y no comprendió su muerte. La de Martín Recuerda desde el primer momento se evidencia como liberal. La de Lorca tenía que dar todo un mundo sin perder su serenidad; ésta puede gritar su angustia, perder su clase. Yo soy una mujer así también extrovertida, temperamental, apasionada; soy un poco un potrillo desbocado; la delicadeza de la Mariana poética, su matiz suave, me iba a contrapelo, tenía que frenarme, por eso me apasionó más. Para una actriz «a secas», para una verdadera actriz, lo que vale es el teatro, la dificultad y que te digan: no pareces tú, te has transformado.

